



**Homilía en la Misa de Ordenación Diaconal
del Hno. José María, O. C. S. O.
Monasterio de Santa María de Huerta (Soria) – 26 de enero de 2021**

Saludo al P. Abad de este monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, a los miembros de la comunidad, especialmente al Hno. José María que va a recibir el sacramento del Orden en el grado del diaconado, a las religiosas aquí presentes, a todos hermanos en el Señor.

En este día tan señalado de los Santos Roberto, Alberico y Esteban, abades de Cîteaux, quiero subrayar el nacimiento del Císter como una nueva vía de perfección espiritual, una búsqueda de santidad. Vosotros, monjes de Santa María de Huerta, sois los herederos de aquel movimiento de reforma. La lectura del libro del Eclesiástico, que acaba de ser proclamada, os invita a ser los descendientes llamados a conservar esa rica herencia, siendo fieles a la llamada a la contemplación Trinitaria que habéis recibido del mismo Dios.

Resulta paradójico que, en estos momentos, la perfección espiritual o la llamada a la santidad no se encuentran entre los valores más buscados por la sociedad. Al contrario, la búsqueda de excelencia en la vida cristiana o perfección espiritual es tachada como fruto del puritanismo religioso, de estar anclada en el pasado. Se hace necesario, según algunos, la deconstrucción de la sociedad actual para volver a los valores de antes del cristianismo.

No obstante, la vocación solo puede ser entendida desde esa llamada que Dios nos hace a la perfección espiritual, es decir, desde esa llamada universal a la santidad para todos los estados de vida. El Concilio Vaticano II dice de forma bella y precisa: “Todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y con tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre” (L.G.11).

La carta a los Hebreos propone a Abrahán como modelo de fe por la respuesta que dio a Dios, desde la obediencia, a la llamada que Éste le hizo para salir de su casa hacia la tierra de promisión. Dios es el que toma la iniciativa saliendo a nuestro encuentro, nos sorprende y nos invita a comenzar una historia nueva con Él: a un hombre sin hijos le promete una tierra nueva y un pueblo numeroso. La fidelidad a la llamada de Dios pasa por momentos difíciles y de prueba, hasta incomprensibles como es el sacrificio de su hijo único Isaac (Hb 11,17-19). Pero Abrahán confía y Dios le bendice.

Abrahán se convierte así en modelo de vocación para todos, también para ti Hno. José María. En tu vida has experimentado que el Señor ha salido a tu encuentro, te ha hecho una promesa de vida eterna y también han surgido las dificultades y miedos en el seguimiento. Pero escucha a Jesús en el Evangelio: “Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna” (Mt 29).

Dios te ha regalado una vocación contemplativa para entrar en el misterio de Dios. Como monje cisterciense estás llamado a penetrar en el ser de Dios que es Amor. Y así contribuir a la santificación del mundo y a la evangelización; pues con tu oración y vida de santidad aumentas las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa (Cf. PC 7).

Vas a ser ordenado diácono y recibirás el Espíritu Santo para ejercer el ministerio de la liturgia, de la Palabra y de la caridad (Cf. L.G.29). Ejerce el ministerio de la Liturgia no como dueño de ella, sino como servidor del mismo Cristo. Realiza el ministerio de la Palabra no sólo proclamándola y reflexionándola, sino para que llegando a tu propia vida, pueda llegar a la de los demás. Cumple el ministerio de la caridad desde el testimonio y el amor. Te recuerdo las palabras atribuidas a San Francisco de Asís: “Predica el Evangelio y si es necesario, usa las palabras”. Que tu vida hable por sí misma del Evangelio y las palabras sean la rúbrica de tu entrega vocacional.

Y todo ello desde el servicio al Pueblo de Dios. Recibes tu ordenación, Hno. José María, con relación al Pueblo de Dios. El Señor al conferirte el diaconado te confía una misión. No hay vocación que no sea una llamada para ejercer una misión. No caigas en la auto-contemplación de aquel que solo se preocupa de sí mismo y de su bienestar. Ponte al servicio de las personas que tanto necesitan del amor de Dios. Ahí, en esa entrega al prójimo, es donde encontrarás la felicidad.

Termino con una parte de la oración atribuida a san Bernardo de Claraval a la Santísima Virgen, Reina del Císter, de la que fue tan devoto y promotor de su culto. Pon tu vida bajo el amparo de María que como Madre buena te acompañará en los avatares de la vida:

Acordaos, oh piadosísima Virgen María,
que jamás se ha oído decir,
que ninguno de los que han acudido a vuestra protección
implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro
haya sido desamparado. AMÉN.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria